



SARMIENTO: ACELERADOR DE LA CIUDAD MODERNA

Gabriel Aimetta*

Universidad Nacional de Rosario
gabrielaimetta2001@gmail.com

Este trabajo parte de revisar la representación del territorio realizada por Sarmiento en *Facundo* [1845], y a partir del concepto de movimiento, desarrollar como éste funciona para la interpretación de la realidad nacional. La ciudad funciona con relación al movimiento, y es partir de ella que podemos vincular la perspectiva de Sarmiento con la recreación del territorio urbano en la narrativa naturalista, para ver cómo el movimiento opera en ella.

PALABRAS CLAVE: movimiento – aceleración – velocidad – territorio

This work starts from reviewing the representation of the territory made by Sarmiento in *Facundo* [1845], and from the concept of movement, develop how it works for the interpretation of the national reality. The city works in relation to the movement, and it is from there that we can link Sarmiento's perspective with the recreation of the urban territory in the naturalist narrative, to see how the movement operates in it.

KEYWORDS: movement – acceleration – speed – territory

Este trabalho parte da revisão da representação do território feita por Sarmiento em *Facundo* [1845] e, a partir do conceito de movimento, desenvolve como ele funciona para a interpretação da realidade nacional. A cidade funciona em relação ao movimento, e é a partir daí que podemos relacionar a perspectiva de Sarmiento com a recriação do território urbano na narrativa naturalista, para ver como o movimento opera nele.

PALAVRAS-CHAVE: movimento – aceleração – velocidade – território

* Gabriel Aimetta es estudiante del Profesorado y la Licenciatura en Letras en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, donde se desempeña como ayudante alumno en la cátedra de Análisis y Crítica I.

“Pregúntesenos ahora: ¿por qué combatimos? Combatimos para volver a las ciudades su vida propia” Sarmiento, *Facundo* [1945]

“El naturalismo será la anatomía normal y patológica de la vida social” Benigno Lugones, *Carta literaria*

1. INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XIX, el concepto de progreso fue el principal impulsor de las reconfiguraciones territoriales de la nación argentina en formación. Principio teleológico, obsesión de toda una generación, fue el vector invisible que permitió la composición de un estado articulado y modernizado, cuyo propósito era insertar a Argentina en el incipiente capitalismo global. El programa planteado por la Generación del 37 consistía:

En una aceptación de un esquema de valores universales cuya realización debía constituir una meta: el progreso económico, social, cultural y político, la instauración de patrones de racionalidad en el conjunto de la sociedad, mediante una eficaz acción del Estado sobre el cuerpo social y sus integrantes, y una creencia en la capacidad de la voluntad política para torcer el curso de los hechos. (Myers, 1998, p. 390)

Sarmiento, uno de los representantes de esta generación, aunando su faceta literaria con la política, hace de la escritura un instrumento y un arma para combatir todo un sistema que aborrecía, encarnado en la figura Rosas, quien supo “hacer de los instintos brutales de las masas ignorantes un sistema meditado y coordinado fríamente” (Sarmiento, 1963, p. 104). Para Piglia, “el motor secreto de esa lucha imaginaria y personal con la figura del otro puro es por supuesto Juan Manuel de Rosas” (p. 31). Pero parte de ese diálogo imposible se da en sordina, se alude a Rosas por medio de la imagen de Facundo Quiroga. La parte específicamente narrativa del libro es a la vez prospectiva y retrospectiva. Primero, evoca el fantasma que encarna el enigma de la barbarie, la sombra terrible de Facundo que abre el inicio del libro, y su actuación en la guerra civil, para al final plantear un proyecto político que pueda contrarrestar al enemigo construido también en dicha escritura. Para Sarmiento el sistema de Rosas impedía el progreso, y uno de sus pilares era una configuración territorial propia, cuyas consecuencias tenían impacto en la vida cotidiana y moral de la población.

Para movilizar el país hacia las vías del progreso, Sarmiento impugna la barbarie con la imprescindible civilización: para que esta sea una realidad, es necesaria una reconfiguración del territorio, abolir la extensión con la velocidad, acelerar el fluido de información y mercancías, e incentivar asociaciones que estratifiquen los circuitos productivos para que se desarrollen industrias.

Para dicho fin, se vale de la escritura: “*escribir* en Sarmiento es ordenar, modernizar” (Ramos, 1989, p. 74). Sarmiento construye en *Facundo* una representación del territorio y los cuerpos que lo atraviesan, observando particularmente sus modos de circulación y la velocidad con la que se desplazan: “La guerra civil, declarado objeto de análisis de *Facundo* cobra en la argumentación la forma de movimiento” (Contreras, 2012, p. 73). Los cuerpos que atraviesan el territorio producen movimiento, ya sea “el impulso hiperkinético —e irracional— de las masas pastoras” o bien “la marcha —racional— del progreso, el movimiento es el signo de las masas” (Contreras, 2012, p. 78). Esta observación de las masas, cuyo signo es el movimiento, fascinó a Sarmiento, y comprendió que su control era necesario para el triunfo de la civilización; la velocidad característica de la barbarie debía ser asimilada en un esquema racional que la optimice y aproveche. La escritura, entonces, funciona como un mecanismo capaz de lograr la unidad nacional, porque lo “que unifica no es la tierra ni el pueblo (categorías románticas), ni la naturaleza del suelo: lo que unifica es ese deseo de unidad, articulado teóricamente por el texto” (Rodríguez, 2010, p. 263). Pero si bien escribir conlleva sistematizar y ordenar, también constituye un proceso de recodificación que “a la vez es un ejercicio previo y sobredeterminante de esa virtual modernización: escribir es transcribir la palabra (oral) del otro, cuya exclusión del saber (escrito) había generado la discontinuidad y la contingencia del presente” (Ramos, 1989, p. 74). El propósito es asimilar la barbarie, su sistema, sus códigos y su movimiento inclusive, para así racionalizarla y aprovecharla como fuerza productiva. Para Sarmiento, la ciudad no supo interpretar a la campaña, cuya realidad le era ajena, y esa incompatibilidad imposibilitó el ordenamiento de esas masas rurales para constituir un orden social. Por eso Sarmiento se postula como intermediario, busca explicar a través de Quiroga “la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo” (1973, p. 45). Por medio de la escritura, pretende ordenar ese caos, para desplazar a la figura del caudillo despótico como encarnación del poder, y hacer del capital el fundamento pragmático y ordenador de la realidad del cuerpo social.

Sarmiento expone el problema y ofrece la solución, al final de *Facundo* presenta su proyecto civilizador, que a través de la maquinaria industrial europea (ferrocarriles, puertos, rutas y vías de comunicación) busca abolir la extensión con la velocidad, para así reconfigurar el territorio y sus fuerzas productivas, instaurando una dictadura del movimiento orientado por la razón. Durante la segunda mitad del siglo XIX, los liberales románticos propician distintos procesos históricos que buscan como resultado la modernización de Argentina. En este contexto, Sarmiento, después de usar la ficción para articular teóricamente su visión, se valdrá de la palabra legal para acelerar la ciudad y su expansión:

A punto de asumir como presidente, Sarmiento se encuentra una vez más en el umbral que separa lo virtual –lo que existe como posibilidad no realizada por la historia– de lo actual. Porque las ideas, las ficciones –que no se matan– no se oponen a lo real; se oponen a lo actual. Y como en la campaña del Ejército Grande, será una palabra escrita la que, adelantándose a la materia, vuelque lo virtual sobre lo actual: la palabra legislativa, el peso performativo de una letra que, escrita directamente sobre la llanura, pone la pampa en movimiento. (Rodríguez, 2010, p. 185)

En las ficciones naturalistas de la década de 1880, asistimos a una serie de representaciones de los resultados de este proceso, en las que podemos enfatizar la aceleración del movimiento que la modernización implica. Si bien los males que buscaban erradicarse con la racionalización territorial y la captura del movimiento fueron desapareciendo, producto del mismo proceso, surgieron nuevas amenazas para la consolidación del ideal nacional. Con el incremento de la aglomeración urbana, los peligros de la integridad nacional ya no estaban dispersos en el desierto, que devino en territorio racionalizado, sino comprimidos y reverberantes en la urbe, propulsados por el frenético movimiento que Sarmiento creía imprescindible. Esta aceleración acarrea nuevas afecciones en la población; si antes el desierto propiciaba barbarie e ignorancia, y de la espontaneidad de su movimiento surgía la ebullición bélica de la montonera, la ciudad modernizada y su velocidad impactan en la salud mental de la población, generando paranoias y neurosis virales. La narrativa naturalista es un punto de vista privilegiado para apreciar este fenómeno, porque, valiéndose del discurso médico positivista para interpretar el tejido social en la ciudad acelerada, hace foco en las afecciones desarrolladas por el ritmo de vida que la modernización acarrea. El naturalismo, de esta manera, pretenderá catalogar, en términos cuasi-científicos, a los nuevos ciudadanos, a la vez que recrea el territorio urbano y su transformación.

Para precisar cómo la *dictadura del movimiento* (Rodríguez, 2010, p. 266) propició una aceleración de los fluidos (migratorios, mercantiles, comunicacionales), y cómo esto impactó en el territorio nacional durante los finales del siglo XIX, explicaremos cómo opera en *Facundo* el concepto de ciudad moderna, en relación con la periferia campesina y con la instauración del Estado. Después, expondremos el programa de la narrativa naturalista de la década de los ochenta, y su afán de usar la ficción como herramienta para la comprensión de la anatomía social, para finalmente analizar en la representación literaria (más precisamente, en *¿Inocentes o culpables?*, de Argerich, y en *Sin rumbo*, de Cambaceres) las resonancias de la aceleración sarmientina.

2. LA RECONFIGURACIÓN TERRITORIAL DE SARMIENTO, ENTRE LA CIUDAD Y EL ESTADO

La historia de Argentina es para Sarmiento una puja entre civilización y barbarie, dos formas de movimiento, dos configuraciones territoriales. La sucesión de hechos que plantea comienza cuando la máquina de guerra bárbara toma las ciudades, después del apogeo revolucionario de 1810 y de los ulteriores intentos de gobierno frustrados. Facundo Quiroga y su montonera representan el arrasador movimiento de la barbarie, pero este es frenado por su sistematización, mérito de Rosas, que desarticula el servicio de correos instaurado por Rivadavia, impide la navegación a buques extranjeros en los ríos, festeja el cese comercial entre Chile y Cuyo, e impone un bloqueo a Francia: Rosas es el estancamiento, anula todo movimiento, y desde ahí expande su influjo al resto de la nación, impidiendo el progreso, perpetrando una vida estacionaria e invariable. Rosas hace del territorio extenso e incomunicado su arma, suprime a la civilización haciendo de su embrionario aparato estatal la extensión de la máquina de guerra bárbara. La dicotomía civilización/barbarie implica una lucha por territorializar: “la civilización se impondrá el día que la *ciudad* pueda extender sus redes por la campaña” (Scavino, 1993, p. 63). Pero no cualquier ciudad, sino Buenos Aires, que es el epicentro de la civilización: “los progresos de la civilización se acumulan en Buenos Aires solo” (Sarmiento, 1973, p. 63). En consecuencia, al no dejar pasar la civilización a las provincias, las provincias le enviaron al caudillo. La progresista Buenos Aires, por su naturaleza geográfica y fluvial, está llamada a ser el nodo principal que expanda el circuito civilizatorio por todo el territorio, siendo el transistor que procese la información y las mercancías que deben circular del interior hacia el mundo, y viceversa. El problema de la extensión es que provoca lentitud y desconexión, por eso la navegación y el proyecto del ferrocarril son prioritarios: la conformación del circuito comercial que se busca instalar depende de la concreción de estos proyectos, necesarios para abolir la extensión con la velocidad. Sarmiento, en la última parte de *Facundo*, impugna todo el régimen de Rosas, y su desconexión: “En medio de este movimiento general del mundo por acelerar las comunicaciones de los pueblos, don Juan Manuel Rosas —para mejor gobernar sus provincias— suprime los correos que no existen en la República hace catorce años” (p. 262). El objetivo del gobierno que él propone se basa en delimitar el territorio, y propiciar en él la conexión, la velocidad y la circulación.

la inmigración industriosa de la Europa se dirigirá en masa al Río de la Plata; el *nuevo gobierno* se encargará de distribuirla en las provincias; los ingenieros de la República irán a trazar en todos los puntos convenientes los planos de las ciudades y villas que deberán construir para su residencia, y terrenos feraces les serán adjudicados. (p. 292)

Para desarticular la barbarie “hay que acelerar el movimiento, hay que dominar el tiempo, aumentando la velocidad de penetración de hombres y cosas por un territorio atrasado, estancado por la inmovilidad e inercia del caudillo” (Rodríguez, 2010, p. 266). Si bien hay que abolir la quietud que Rosas sostiene, también hay que prevenir un nuevo sublevamiento: el movimiento bárbaro de la máquina de guerra debe ser asimilado, capturado e instrumentalizado para un fin racional, para esto debe construirse un aparato de captura del movimiento y la actividad, constituido por una simbiosis entre ciudad y Estado.

“La ciudad es el correlato de la ruta” (Deleuze y Guattari, 2002, p. 442), existe en función de una circulación con otros nodos, una red que se expande e interconecta, recodificando el terreno, y actúa como aparato de captura de la actividad que se produce en todos los puntos de su circuito. La ciudad delimita el espacio y lo organiza racionalmente, al mismo tiempo que encierra un conjunto de cuerpos dentro de límites. En palabras de Scavino (1993), la ciudad ejerce su poder a través de “la aceleración de los movimientos de todo tipo; la conversión o transformación del territorio en tierra, de la actividad en trabajo, del intercambio en impuesto, del dinero fiscal en financiero” (p. 64). Sin embargo, la ciudad no constituye por sí misma un aparato de captura de la actividad y el movimiento, sino que depende de la interacción con el aparato estatal. En el último capítulo de *Facundo*, vemos que Sarmiento expone su programa prospectivo sobre las tareas a desempeñar por este Estado, y señala la necesidad de la intervención de éste para expandir a las provincias la red de urbanización y la aceleración de las dinámicas productivas:

Los pueblos se entregarán con ahínco a desenvolver sus medios de riqueza, sus vías de comunicación y el nuevo gobierno se consagrará a reestablecer los correos y asegurar los caminos que la naturaleza tiene abiertos por toda la extensión de la República. [...], el nuevo gobierno situará al ejército permanente al sur y asegurará territorios para establecer colonias militares que en cincuenta años serán ciudades y provincias florecientes. (p. 286)

El Estado es lo que hace resonar todos los puntos de la red, sus particularidades geográficas, étnicas, lingüísticas, económicas y tecnológicas. Opera perpendicularmente con la red urbano-rural: mientras esta es horizontal, el estado opera verticalmente, estratificando, jerarquiza e impone una subordinación al territorio, y, a través de instituciones, controla los flujos y conexiones desde arriba, y no desde el centro. Instauro un circuito que se aísla del resto de la red efectiva, pero sin dejar de controlarla. Ciudad y Estado deben interactuar para lograr reterritorializar el interior, instaurado un modo de producción capitalista en la república en proceso:

el capitalismo triunfará gracias a la forma-Estado y no gracias a la forma-ciudad: cuando los Estados occidentales se hayan convertido en modelos de realización para una axiomática de los flujos descodificados, y como tales hayan sometido de nuevo a las ciudades. (Deleuze y Guattari, 2002, p. 442)

Deleuze y Guattari conforman esta topología social explicando que las distintas formas se producen por procesos maquínicos, que coexisten en la puja por el territorio, por eso “los Estados no efectúan una captura sin que lo capturado no coexista, no resista en las sociedades primitivas, o no huya bajo nuevas formas, ciudades, máquinas de guerra” (p. 442). La búsqueda de crear un Estado se había ofuscado durante la guerra civil por la toma de las ciudades a manos de las montoneras. Quiroga había alzado a su provincia, “la Rioja es una máquina de guerra que irá donde la lleven” (Sarmiento, 1973, p. 141), es decir, nómade. Suprimir esas ebulliciones que engendra un territorio no racionalizado (el Desierto) es lo que busca Sarmiento, su propósito es transformar ese territorio para crear una nueva sociedad.

3. EL OBJETIVO NATURALISTA

Ya en la década del ochenta, muchas de las proyecciones de la utopía de la velocidad eran un hecho, el flujo de mercancías, cuerpos y comunicaciones, habilitado por la expansión de la ciudad hacia el campo, extendía su alcance e incrementaba su movimiento, y el sujeto urbano, ya capturado por el régimen de la aceleración, empezaba a experimentar la velocidad propia de la modernidad. En este contexto, el naturalismo llega a la Argentina, y es adoptado como un modelo para la representación de lo urbano. En las novelas naturalistas, el objetivo es ofrecer “al lector una explicación científica para la vertiginosa transformación de la aldea en urbe” (Salto, 2006, p. 131). El movimiento acelerado es un factor determinante para el territorio de la ciudad, un estímulo constante que afecta el cuerpo fisiológico de quienes la habitan, y en las ficciones naturalistas, este impacto puede detectarse.

Ángel Rama (1998) postula que la ciudad está conformada por dos dimensiones, la real, empírica, en actividad constante, siempre en movimiento (ciudad real) y la simbólica, que ordena e interpreta ese devenir, que fija una imagen de la ciudad y su distribución espacial a través del signo (ciudad letrada). La experiencia territorial urbana descodifica la tradición, por eso, en el proceso de modernización de la ciudad, la interacción entre la realidad social histórica y su representación literaria presenta una tensión: “la *ciudad real* era el principal y constante opositor de la *ciudad letrada*, a quien ésta debía tener sometida: la repentina ampliación que sufrió bajo la modernización y la irrupción de las muchedumbres, sembraron la consternación” (Rama, 1998, p. 76). Los conflictos eran inevitables, la ciudad imaginada, simbólica, no coincidía con la experiencia

cotidiana, y la literatura de la época supo reconocer esta incompatibilidad (p. 77). La contradicción propia de la modernización generaba esa escisión entre ciudad real e imaginada: “Puede decirse que hay dos patrias. Una, que tenemos en la imaginación, y otra, que existe realmente y que no se la conoce o no se la quiere conocer” (Argerich, 1884, p. 193). La ciudad real de la modernización, por su velocidad y masificación, desafiaba la posibilidad de ordenar la experiencia cotidiana en la representación letrada. El factor que dificultaba la fijación de una imagen estable de la metrópolis era “la movilidad de la *ciudad real*, su tráfigo de desconocidos, sus sucesivas construcciones y demoliciones, su ritmo acelerado” (Rama, 1998, p. 77). La modernidad volvía obsoleta toda representación tradicional, impedía la articulación e interpretación de la experiencia, desbaratando los sistemas creados para cohesionar el ideal nacional: “la modernización destruía los modos tradicionales de representación e identificación, al mismo tiempo generaba nuevas imágenes, frecuentemente pasatistas, simulacros de la tradición y del orden social, en respuesta –compensatoria– a los cambios violentos que efectuaba” (Ramos, 1989, p. 226).

Ante este conflicto, la representación literaria viene a intentar ordenar, como lo hacía en Sarmiento, esa fluctuación caótica e impredecible; el naturalismo intenta codificar lo irrepresentable de la ciudad, como un modo de dominarla, de reterritorializarla. Lo irrepresentable serían las fuerzas invisibles, los agentes patógenos que provocan los síntomas que afectan a la sociedad urbana (el vicio, la prostitución, la paranoia, la avaricia y el afán de ascenso social), muchos de ellos propiciados por la sobre-estimulación y el ajeteo propio de la velocidad urbana. Tanto Antonio Argerich como Eugenio Cambaceres escriben novelas que intentan explicar las dinámicas de la sociedad de su tiempo, y aunque la impronta científicista es más notoria en el primero, en ambos encontramos una representación del movimiento acelerado de la metrópolis moderna. En sus novelas *¿Inocentes o culpables?* y *Sin rumbo*, podemos vislumbrar una representación de la ciudad modernizada y las consecuencias de ese movimiento regido por la racionalidad.

4. ARGERICH, EL ANATOMISTA SOCIAL. *¿INOCENTES O CULPABLES?*

En la novela de Argerich, la representación de la ciudad muestra un territorio racionalizado que contiene las contradicciones propias de la aceleración de los flujos: los cuerpos que circulan con exceso engendran el mal de la prostitución; el dinero, en vez de contribuir al crecimiento, contribuye al derroche y la estafa de los tahúres; los deseos son sobre-estimulados por la oferta del mercado.

En la cotidianeidad de los personajes, vemos como la oferta inunda a la demanda; Dorotea quiere vivir lujosamente a expensas del trabajo de Dagiore, quien cree “que la corrupción de las mujeres la engendraba el lujo

de las tiendas” (Argerich, 1884, p. 42). La oferta creaba un imaginario de pertenencia, al cual se accedía a través del consumo de bienes superfluos, y Dorotea, que se ensañaba en pertenecer a esa fila de consumidores, es víctima de intentar imitar una imagen que la modernidad le ofrece en forma de mercancía, por eso, para el narrador, “El delirio de su imaginación le perturbaba el sentido moral” (p. 34). Precisamente, es la presencia del comercio urbano la que propicia su imaginación desbocada, así como las lecturas a las que el narrador constantemente rechaza por no vincularse a la búsqueda de la verdad y lo útil. El personaje de Dagiore, por su parte, encarna la avidez de crecimiento económico, una ambición que se vuelve obsesión, y es capturado por la movilidad acelerada del fluido económico, vive y trabaja alienado por el horizonte del ascenso social.

La novela logra “representar las nuevas y contradictorias posibilidades de *movilidad* que ofrece la ciudad” (Laera, 2004, p. 205). Esta movilidad del matrimonio se vislumbra durante la discusión acerca de dónde mudarse; la casa propuesta para comprar por Dagiore está cerca de la fonda, y es rechazada por su ubicación, Dorotea le dice: “mejor es que se te ocurriera comprar en Morón o en medio de la Pampa: no está mala tu idea; me pondré botas y compraré un revólver, porque allí han de asesinar a las doce del día” (Argerich, 1884, p. 49). Lo que ella prefiere es alquilar una casa en una zona céntrica, y en esta preferencia se aprecia la “estrecha relación entre movilidad geográfica y la movilidad social” (Laera, 2004, p. 221). La avaricia y el deseo, cada vez más acentuados por el movimiento frenético de la ciudad, generan paranoias en los personajes: Dorotea teme ser encontrada siendo infiel, para después sufrir cuando Dagiore enloquece de paranoia, por su convicción de que el Mayor, amante de Dorotea, quiere asesinarlo para robarle su riqueza. Ambos sufren del mismo proceso, que es “la modernización acelerada” que produce el “aumento y predominio del elemento nervioso” (Nouzeilles, 2000, p. 117).

Argerich se vale de los postulados científicos de la influencia del medio y de la ley de la herencia como recurso para postular un determinismo absoluto. La ley de la herencia de rasgos problematiza la circulación de los cuerpos, y cómo su reproducción puede expandir una enfermedad al cuerpo social, en especial cuando las mezclas se efectúan entre los enfermos inmigrantes y los criollos en peligro de contaminar su genoma. De esta manera, un problema individual es parte de un conjunto mayor, que supone una amenaza para la salud social, y en un sentido evolucionista, la degradación de la especie.

Cuando nace el hijo de Dagiore, José, “la lógica de la herencia, casualidad para él, le ha dado sexo, color y temperamento” (Argerich, 1884, p. 31). El determinismo rige las posibilidades de cada individuo, todas están preestablecidas, además de por herencia genética (genotipo), por sus circunstancias, es decir, la influencia del medio, lo que supone que la interacción

de ese organismo con el ambiente afecta a su desarrollo (fenotipo). En el caso de José, su lugar de nacimiento le obliga a aceptar el ritmo acelerado de la efervescente sociedad urbana:

El niño despertó llorando.

En su inconciencia nada sabía del medio en que se iba a desarrollar su vida; pero esa atmósfera, a la cual estaba completamente ajeno, empezaba a incomodarlo y a tender la red de acero de su influencia para dirigirlo maniatado en el tumulto de la vorágine social.

Todo estaba prestablecido. Todo lo habían ordenado voluntades y cerebros anteriores. Su bulto informe, sumergido en las ropas de la cuna, podía compararse con un wagon de carga, construido para repuesto en una vieja línea férrea, porque como el wagon, su camino estaba fatalmente trazado. Vagaban en el ambiente las preocupaciones que habían de nutrir su espíritu: los libros estaban escritos y designados, basta su misma planta tendría que vagar forzosamente por la ruta que formaron las hormigas de anteriores generaciones. (pp. 30-31)

José, recién nacido, ya está condicionado por una “red de acero”, tendida a su alrededor por el cuerpo social, que lo captura y eyecta en “la vorágine social”; estos dos sintagmas suponen un oxímoron, en tanto la red construye una trama, y la vorágine un movimiento caótico e incontrolable, sugiriendo un orden desordenado, y en esa misma irregularidad, la mirada naturalista hace operar su dinámica, que es centrípeta y centrífuga a la vez: incorpora las masas para capturar su movimiento y utilizarlo, mientras las disecciona, discrimina y cataloga, promulgando esquemas de clasificación excluyentes (Nouzeilles, 2000). Esta dinámica conforma un componente central en la ficción naturalista, que surge de “la ansiedad producida por los efectos contradictorios de los programas de modernización liberales” (p. 17). El movimiento civilizatorio, cuyo objetivo era ordenar la barbarie, al acelerar ese mismo movimiento, provoca nuevos males, por eso, los resultados del programa modernizador contienen su propia refutación, ya que un análisis de las producciones literarias de esa época revela “la paranoia de una clase que en su mismo proyecto modernizador —de erradicar la ‘barbarie’ campesina— había generado nuevas contradicciones, que ya a fin de siglo relativizan su hegemonía” (Ramos, 1989, p. 243).

Los personajes jóvenes de Argerich (José y sus amigos) experimentan la velocidad de la ciudad, sus cuerpos circulan en ella, incorporándose a su red y movimiento, sufriendo las consecuencias del cosmopolitismo corruptor: su entrada en los vicios como la prostitución o el juego, se explican “porque habían crecido en la especial atmósfera de una ciudad populosa del siglo XIX” (Argerich, 1884, p. 201). La degeneración moral y sanitaria de la población se plantea como un problema serio, los jóvenes pueden, en la orgía y el juego, dilapidar su capital genético o financiero, y de esa manera, ponen en peligro a la

progenie de la nación. Esta decadencia que experimentan se explica como consecuencia de su exposición a un medio totalmente artificial: “La vida de invernáculo de la ciudad moderna tendía ya la traidora tela de su influencia, engañando sus sentidos con nociones falsas, que más tarde turbarían su criterio y lo harían vagar en un mundo de convención” (p. 63). Sesgados por la extensión de la ciudad y sus múltiples ofertas exóticas, estos personajes, “salían sin rumbo, fastidiados, y sin saber qué hacer con el malestar que les procuraba su aburrimiento” (p. 86). El mismo sentimiento de deambular sin un fin claro, presos del hastío, es lo que da título a la novela de Cambaceres.

5. CAMBACERES, EL DANDI HASTIADO. *SIN RUMBO*

En el caso de Cambaceres, la crítica al accionar de la coalición liberal es más expresa, así como el escepticismo frente al discurso civilizatorio. Andrés, el protagonista de *Sin rumbo*, pertenece a la clase propietaria de la tierra, a la elite criolla, sin embargo, padece también los males del movimiento acelerado propiciado por la modernización. Gabriela Nouzeilles (2000) sostiene que en *Sin rumbo* podemos encontrar una asociación entre modernidad y locura. Las modificaciones de las costumbres introducidas por la modernidad ocasionaban anomalías en el comportamiento. Las patologías mentales, esbozadas por el discurso médico, asociaban al neurótico moderno con una personalidad semejante a la de Andrés: egoísta, explotador, fraudulento, lascivo y ostentador. La sobre-estimulación de los sentidos, una excitación que busca el goce en detrimento de la salud mental, lleva a Andrés a experimentar un estado anímico anodino, y por consecuencia vaga insatisfecho, sin rumbo, irritado por las contradicciones de la modernización. Esto último podemos verlo gracias a que en la novela la evolución de la conciencia del personaje y sus afecciones se presenta en relación con la ciudad acelerada por la modernización, y, además, la descripción del territorio racionalizado no se limita al ámbito urbano, sino que recorre toda la red racional trazada entre ciudad y campo.

La novela se ocupa de trazar simbólicamente “redes de sentido que conectan la ciudad con el campo” (Laera, 2004, p. 207). En la representación que la narración hace del territorio la campaña está racionalizada, presenta al “campo como prolongación de la vida urbana moderna, a través del tren o la mansión de estancia” (p. 239). La ciudad ha extendido su red a la campaña, modernizando el circuito productivo, optimizándolo. La estancia “organiza el mundo rural” (p. 241), todo el territorio está conectado por redes ferroviarias que aceleran la circulación de cuerpos y mercancías entre la campaña y la ciudad; la ruta que conecta todo es el correlato de la ciudad, existe en función de una conexión. La lógica de la novela urbana de Cambaceres es la movilidad, que se define en contraste con la errancia, propia de las novelas de gauchos de Gutiérrez:

La errancia es el reverso de la movilidad: la movilidad requiere una estrategia, del cálculo de las relaciones de fuerza; la errancia opera en cambio a través de tácticas que tienden a liberar al individuo de la persecución. En la movilidad el individuo es el propio agente del desplazamiento, en la errancia el individuo actúa por reacción al ser perseguido. [...] la movilidad se realiza al menos en el nivel imaginario-en el interior de una estructura social, en tanto la errancia supone haber salido de ella, estar afuera de esa estructura y aun en la ilegalidad. (Laera, 2004, p. 208)

En el capítulo siete, Andrés sale de su estancia para dirigirse al pueblo, en dónde había una celebración por la donación de un altar. En la descripción del evento, se señala a un “empleado telegrafista” (Cambaceres, 1949, p. 27). La presencia del telégrafo, por su capacidad de acelerar las comunicaciones, es un signo de civilización. El juez de paz de la localidad da ante el público un discurso marcadamente progresista y civilizatorio. Cuando termina, proponen que Andrés, por ser amigo del gobernador, encabece una asociación filantrópica para fomentar la educación, pero él rechaza la propuesta, respondiendo: “Déjense de perder su tiempo en Iglesias y en escuelas; es plata tirada a la calle” y también dice: “Dios no es nadie; la ciencia un cáncer para el alma” (p. 30). El personaje de Andrés, a lo largo de la novela, reniega del discurso civilizatorio que ya se extiende por toda la nación. Todos los territorios están marcados en la novela por parámetros trazados racionalmente, tanto la estancia, como el pueblo, permanecen conectados por el tren y comunicados por el telégrafo.

Finalmente, el tercer territorio transitado por el protagonista es la ciudad, ya en su epicentro, y no en sus ramificaciones. Dentro de la urbe, podemos encontrar dos perspectivas acerca de su tráfago desorbitado y su configuración del espacio. La primera es presentada por Gorrini, el esposo de Amorini, quien luego se convertirá en amante de Andrés:

el ruido, el vaivén, el comercio que se observa en sus calles, esa multitud de tranvías cruzándose sin cesar al ruido de sus cornetines, producen en el extranjero una impresión extraña y curiosa, un efecto nuevo de que no tenemos idea en nuestras antiguas ciudades italianas.

Yo amo el movimiento, la locomoción, la vida activa, los viajes. (p. 59)

Esta visión entusiasta por el progreso tecnológico y la velocidad contrasta con la perspectiva de Andrés, para él, la modernización trajo aparejados efectos adversos:

Agitada, bulliciosa, la población había invadido las calles.

En masa, como las aguas negras de un canal, iba a derramarse a la plaza de la Victoria, desfilaba a ver los fuegos.

Fiel a la tradición, el barrio del alto invadía las galerías del Cabildo, la Recoba, las veredas.

Los balcones, las azoteas, se coronaban a su vez. Abajo, entre el tumulto, los italianos de la Boca, encorbatados, arrastraban a sus mujeres, cargaban a sus hijos. (Cambaceres, 1949, p. 85)

Él es “antipático al vulgo por instinto, enemigo nato de las muchedumbres” (Cambaceres, 1949, p. 86), y relativiza el sueño de los revolucionarios argentinos, al que califica peyorativamente como “indecente mamarracho”. Andrés se contrasta como individuo frente a la multitud anónima, desde su perspectiva, esa masa en movimiento es una multitud que amenaza las buenas costumbres colmando los festejos patrios, cuando en realidad lo que amenaza es la hegemonía de la clase a la cual pertenece, y cuyas bases son denostadas por él mismo. La presencia de ese tumulto es ante sus ojos una circulación de cuerpos perniciosos. Para Andrés, “la ciudad ha sido ganada por la infección” (Laera, 2004, p. 231). El contraste de ambas visiones radica en la perspectiva de cada personaje: la velocidad técnica entusiasma al extranjero que reconoce en ella un signo de civilización, pero no percibe cómo esa misma aceleración impacta en la dimensión de la movilidad social, engendrando grandes masas que ocupan todo el territorio urbano, amenazando la hegemonía de la clase dirigente local. Por eso, a diferencia del doble movimiento en *¿Inocentes o culpables?*, *Sin rumbo* describe un movimiento centrífugo: Andrés concurre a la ciudad y poco a poco se va hartando de su ritmo, de sus “las largas caminatas, sin plan ni rumbo, al través de la ciudad, desenvolviendo el recto y monótono cordón de sus calles solitarias” (Cambaceres, 1949, p. 103), y por eso, para huir de la infección que corroee el tejido social de la ciudad, expandiéndose aceleradamente, decide volver a su estancia, para intentar dejar el desenfreno sexual y adoptar el esquema ético de la tradición que heredó de su padre, así, “el espacio del campo se configura como destino último de la salida profiláctica de la ciudad” (Laera, 2004, p. 231).

6. DESVÍO: LA MÁQUINA HUMANA ESTROPEADA

Tanto Argerich como Cambaceres comparan al cerebro humano con la máquina. En ambas analogías, el cerebro es una máquina cuya capacidad de funcionamiento tiene un límite, y traspasarlo supone un peligro para la salud mental. En *Sin rumbo* la máquina (mente) de Andrés está sobre-estimulada:

En su ardor, en su loco afán por apurar los goces terrenales, todos los secretos resortes de su ser se habían gastado como se gasta una máquina que tiene de continuo sus fuegos encendidos. (Cambaceres, 1949, p. 82)

En *¿Inocentes o culpables?* encontramos la explicación de la demencia de José: “porque el cerebro es como una máquina a vapor, no puede llegar sino hasta cierto grado de presión: si se ultrapasa ese límite la explosión se produce y se llama entonces, divagación, monomanía o demencia” (Argerich, 1884, p. 246).

En ambos casos, la capacidad del cerebro resulta insuficiente para afrontar el mundo acelerado por el progreso tecnológico; aceleración y tecnología son factores interdependientes, porque el progreso de la técnica es necesario para acelerar la producción y la circulación, y la imposibilidad del organismo de adaptarse a dicho ritmo genera afecciones mentales.

Por otro lado, desde una perspectiva estética, la comparación plantea un grado de identidad entre el humano y la máquina, alimentando prematuramente la tendencia a no concebir la naturaleza humana como un ámbito ajeno a la máquina. La máquina no es más que el producto de la praxis humana sobre el mundo, misma que conlleva la transformación del mundo material y del humano mismo. De esta manera, las analogías dan cuenta de cómo la irrupción de la técnica impacta en las representaciones literarias, señalando indirectamente el proceso en el cual el producto del trabajo humano produce su auto-alienación, obligándolo a adoptar el ritmo de vida inorgánico de la máquina bajo el imperativo del progreso.

7. CONCLUSIÓN

La representación literaria del territorio argentino fue relevante para la construcción de una imagen de la sociedad, y trazó una constelación conceptual desde la cual interpretar los imaginarios nacionales. El movimiento, relativo a las masas que asombraron a Sarmiento, pero también constitutivo de la ciudad modernizada, es un concepto funcional para explicar el proceso realizado por las distintas máquinas de representación que buscaron dotar de una identidad propia al territorio argentino. Partiendo de problema de la pampa estacionaria de Rosas, que Sarmiento buscó desarticular con su utopía de velocidad, llegamos a la racionalización del territorio ejecutada por el poder performativo de la palabra legal. Consumado este objetivo, se realizó la instauración de un aparato de captura del movimiento, que articuló una movilidad moderna y racional, opuesta la errancia propia de los cuerpos insubordinados que huyeron del territorio marcado por la razón estatal hacia el espacio nómada del desierto. Después de la concreción de los proyectos estatales en materia de fronteras, inmigración y tecnología, la racionalización fue total. Las novelas naturalistas del 80 representan a contrapelo la modernización, relativizando el entusiasmo por el progreso, y problematizando el impacto de la racionalización del movimiento en los cuerpos y territorios que captura bajo su influjo de desterritorialización. Por eso mismo, su lectura y análisis permite divisar el reverso de esa imaginación de Sarmiento “atravesada por el impulso del futuro” (Contreras, 2012, p. 69), exponiendo sus excesos y contradicciones.

Referencias bibliográficas

- Argerich, A. (1884). *¿Inocentes o culpables?* Imprenta del «Courrier de La Plata».
- Cambaceres, E. (1949). *Sin rumbo*. Estrada.
- Contreras, S. (2012). *Facundo: la forma de la narración*. En *Historia crítica de la literatura argentina* (pp. 67-93). Dir.: N. Jitrik. Tomo 4: Sarmiento. Dir. del volumen: A. Amante. Emecé.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos.
- Laera, A. (2004). *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Fondo de Cultura Económica.
- Myers, J. (1998). La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas. En *Nueva historia argentina. Tomo III: Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. Sudamericana.
- Nouzeilles, G. (2000). *Ficciones somáticas. Naturalismo, Nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Beatriz Viterbo Editora.
- Piglia, R. (1998). Sarmiento, escritor. *Revista de Filología*, XXXI (1-2), 19-34.
- Rama, Á. (1998). *La ciudad letrada*. Arca.
- Ramos, J. (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. Fondo de Cultura Económica
- Rodríguez, F. (2010). Un nuevo mundo en política: Sarmiento. En *Un desierto para la nación* (pp. 253-298). Eterna Cadencia.
- Salto, G. (2006). El efecto naturalista. En *Historia crítica de la literatura argentina* (pp. 129-147). Dir.: N. Jitrik. Tomo 5: La crisis de las formas. Dir. del volumen: A. Rubione. Emecé.
- Sarmiento, D. F. [1845] (1963). *Facundo*. Editorial Losada.
- Scavino, D. (1993). *Barcos sobre la pampa. Las formas de la guerra en Sarmiento*. Ediciones El cielo por asalto.